

Quién dijo que querer es poder

Ahora tenemos la historia de Abimelec, él fue hijo de Gedeón. Jueces 9:1-5, dice: “...Abimelec hijo de Yerubaal fue a Siquén, donde vivían los hermanos de su madre, y les dijo: Yo les ruego que pregunten a los habitantes de Siquén si les parece mejor ser gobernados por los setenta hijos de Yerubaal, que ser gobernados por un solo hombre. No se olviden que yo soy de su misma sangre. Sus tíos maternos preguntaron entonces a los habitantes de Siquén lo que Abimelec les había sugerido, y a ellos les pareció bien la idea de Abimelec, pues dijeron: Es pariente nuestro. También le dieron setenta monedas de plata del templo de Baal Berit, y con ese dinero Abimelec contrató unos mercenarios y vagabundos, para que anduvieran con él. Luego se dirigió a Ofrá, a la casa de su padre, y sobre una misma piedra mató a sus setenta hermanos, hijos de Yerubaal. Pero Yotán, el hermano menor, se escondió y logró escapar.”

Es impresionante la historia que estamos viendo en esta ocasión. Abimelec es hijo de Gedeón, también conocido como Yerubaal el cual tenía setenta hijos. Toma nota de esta primera clave, la poligamia nunca trae buenos resultados. Todas las historias de familias polígamas de la Biblia, muestran el deseo de competir, siendo rivales entre hermanos, con el consiguiente problema familiar. Y este caso, no es la excepción. Abimelec, teniendo el apoyo de sus hermanos maternos, y parientes más cercanos, quiere continuar una especie de dinastía a partir de su progenitor, Gedeón, quien expresó categóricamente que solo Dios sería ‘Señor’ sobre Israel.

Abimelec ambiciona entonces el poder y dominio. Gedeón nunca planificó eso, pero Abimelec anhela el poder. Y para lograr sus objetivos perversos, Abimelec, provoca una rebelión; y en un acto horrible y vergonzoso, asesina a todos sus hermanos. ¡La Biblia es un libro muy actual! ¿Cierto?

Habla de la realidad de los problemas humanos de manera directa y objetiva. Cuando leemos la Biblia, parecíamos estar ‘mirando’ las noticias del día a día. Relata Jueces 9:6: “...Después de esto, los habitantes de Siquén y de Milo se reunieron cerca de la llanura del pilar de Siquén, y eligieron a Abimelec como su rey...”

No obstante, más allá de la trama, y del escabroso asesinato suscitado por el avasallante deseo de poder a cualquier costo, el hijo menor de Gedeón, Jotán, consigue escapar de la masacre perpetrada contra sus hermanos. Y el texto de Jueces 9:7-15, dice: “...Y cuando Jotán lo supo, subió a la cumbre del monte Guerizín, y a grito abierto les dijo: «Varones de Siquén, escuchen lo que voy a decirles, y pongo a Dios como testigo. Cierta vez, los árboles quisieron elegir un rey que los gobernara, y le dijeron al olivo: “Queremos que seas nuestro rey.” Pero el olivo respondió: “¿Quiere que deje de producir mi aceite, con el que se honra a Dios y a los hombres, para hacerme grande entre los árboles? Entonces los árboles fueron a hablar con la higuera, y le dijeron: “Ven y reina sobre nosotros.” Pero la higuera les respondió: “¿Y debo abandonar la dulzura de mis frutos, para ir y hacerme grande entre los árboles?” Los árboles siguieron insistiendo, y llamaron a la vid y le dijeron: “Ven tú, entonces, y reina sobre nosotros.” Pero la vid les respondió: “¿Y voy a dejar de

producir mi vino, que es la alegría de Dios y de los hombres, solo para hacerme grande entre los árboles? Al final, todos los árboles le dijeron a la zarza: “Anímate, y ven a reinar sobre nosotros.” Pero la zarza respondió: “Si en verdad quieren que yo reine sobre ustedes, vengan y busquen refugio bajo mi sombra. Pero si no me obedecen, saldrá fuego de mí y quemará los cedros del Líbano.”

Usando una exquisita figura literaria, Jotán expone una alegoría, refiriéndose de forma indirecta a las pretensiones de Abimelec, de querer ser el rey. Abimelec es comparado al espino, que no tiene posibilidades de ser rey sobre ningún árbol. Y Jotán continúa diciendo, directamente en los versículos del 16 al 21: “...Ahora bien, ¿creen ustedes haber hecho bien al nombrar a Abimelec como rey? ¿Han sido honestos y agradecidos con la familia de Yerubaal, que tanto hizo por ustedes? Mi padre luchó a favor de ustedes, y se jugó la vida para librarlos de los madianitas; ustedes, en cambio, se han puesto en contra de su casa, y han matado a sus setenta hijos varones contra una piedra, solo para nombrar rey a Abimelec, ese hijo de la criada de mi padre, al que han puesto sobre los habitantes de Siquén, y solo porque es su pariente. Si creen que hoy han actuado correctamente con Yerubaal y su casa, alégrese con Abimelec, y que él se alegre de ser su rey. Pero si no, que la ira de Abimelec consuma a los de Siquén y a los de Milo; y que la ira de los de Siquén y los de Milo consuma a Abimelec. Dicho esto, Yotán huyó y se fue a Ber, y allí se quedó a vivir por miedo a su hermano Abimelec.”

¡Qué tristeza! ¡qué complicación! El deseo de Abimelec entra en contraste profundo con el Señorío divino. Dios sigue controlando la historia, pero Abimelec, quiere el poder para sí mismo. Desea dominar, aniquilando a sus hermanos. Pero aquí Jotán confronta a Siquén, cuestionando si este hombre puede de hecho ser rey sobre su pueblo, y si tiene posibilidades de hacerlo después de esparcir tanta mortandad por sus ansias de poder, lo cual es un sin sentido, independientemente de quien evalúe esa situación.

Y el texto sigue en los versículos del 22 al 25: “...Abimelec se impuso sobre Israel durante tres años, pero Dios hizo que brotara un sentimiento de inconformidad entre Abimelec y los hombres de Siquén, y estos se pusieron en su contra.” Así, Abimelec cargó con la culpa de haber matado a los setenta hijos de Yerubaal, junto con los de Siquén, que lo ayudaron a matarlos. Los habitantes de Siquén tenían hombres en las cumbres de los montes, los cuales asaltaban a todos los que pasaban por el camino. Esto Abimelec llegó a saberlo.

Dios tiene el poder, inclusive sobre espíritus malos, en su acción soberana, siendo instrumento de juicio sobre Abimelec y los ciudadanos de Siquén. Entonces hubo inconformidad, surgieron discordias y problemas entre ellos. La historia se convierte en tremendo desorden, matanza y persecución, como observaremos en los textos subsiguientes. Hay una gran batalla, y lucha entre facciones, debido a los eventos suscitados. Y aparece un hombre llamado Gaal, hijo de Ebed, que es el centro de esa situación, según nos relata Jueces capítulo 9:26-28. Gaal y también Zebul, tienen protagonismo en este episodio. Gael busca sublevarse contra el dominio de Abimelec, y le reta públicamente; pero fue informado de ello por Zebul, gobernador del lugar y ayudante de Abimelec.

El texto detalla el suceso relacionado al dominio de Abimelec en los versículos 34 al 45, nos dice que: “...Abimelec se preparó durante la noche y, con el pueblo que lo seguía, emboscó a Siquén con cuatro compañías. Cuando Gaal hijo de Ebed salió y se puso a la entrada de la ciudad, Abimelec y su gente salieron de su escondite. Y al ver Gaal tanta gente, le dijo a Zebul: «¡Mira cuánta gente baja de los montes!» Y Zebul le respondió: «Tu imaginación te hace ver hombres, pero solo son las sombras de los montes. Gaal le volvió a decir: «Mira toda esa gente que sale como de en medio de la tierra, ¡y por el camino de la encina de los adivinos viene otra tropa! Pero Zebul le respondió: «¿Y dónde quedó lo que nos decías, de que Abimelec no era nadie para que fuéramos sus sirvientes? ¿No es ese el pueblo que tanto despreciabas? ¡Sal, pues, y pelea contra él!» Entonces Gaal salió al frente de los hombres de Siquén, y se enfrentó a Abimelec. Pero Abimelec lo persiguió y lo hizo huir, y muchos hombres cayeron heridos de muerte a la entrada de la ciudad. Y Abimelec se quedó en Aruma, mientras Zebul arrojaba de Siquén a Gaal y a sus hermanos. Al día siguiente, Abimelec supo que el pueblo había salido al campo. Entonces tomó a su gente, la repartió en tres compañías, y puso emboscadas en el campo; y cuando vio que el pueblo salía de la ciudad, lo atacó con violencia. Lucharon con mucho valor, pero se detuvieron a la entrada de la ciudad, mientras las otras dos compañías arremetían contra los que estaban en el campo, hasta matarlos. Todo ese día Abimelec luchó contra los habitantes de la ciudad, hasta que la tomó y mató a los que aún quedaban; después de eso, asoló la ciudad y la sembró con sal.”

¡Qué cosa impresionante! ¿Será posible tanta desgracia, mortandad y destrucción? Lo acontecido se explica seguidamente. Jueces 9:46 en adelante: “...Cuando los que estaban en la torre de Siquén oyeron esto, corrieron a esconderse en la fortaleza del templo del dios Berit. Pero Abimelec sabía dónde estaban, así que con toda su gente se dirigió al monte Salmón y, con un hacha, cortó la rama de un árbol, la levantó y la puso sobre sus hombros, y le pidió a su gente que hiciera lo mismo. Entonces todos cortaron ramas y siguieron a Abimelec, y las pusieron junto a la fortaleza, luego les prendieron fuego, y la fortaleza ardió, y los que estaban en la torre de Siquén, que eran como mil hombres y mujeres, murieron quemados. Después de eso, Abimelec se fue a la ciudad de Tebes, y la sitió y la tomó. En el centro de la ciudad había una torre fortificada, en la que se escondieron los hombres, las mujeres y todos los jefes de la ciudad. Se subieron al techo de la torre, y cerraron las puertas. Abimelec fue y atacó la torre, y al llegar a la puerta quiso prenderle fuego, pero una mujer dejó caer sobre la cabeza de Abimelec parte de una rueda de molino, y lo descalabró. Cuando Abimelec se sintió perdido, llamó a su escudero y le dijo: «¡Mátame con tu espada! ¡Que no se diga que una mujer me mató!» Y su escudero le clavó la espada, y murió. Cuando los israelitas vieron que Abimelec estaba muerto, cada uno regresó a su casa.

Así castigó Dios a Abimelec, por el mal que le hizo a la casa de su padre, al matar a sus setenta hermanos. Y Dios castigó también a los habitantes de Siquén, por la maldad que cometieron. Así se cumplió la maldición que les lanzó Yotán hijo de Yerubaal.”

Abimelec quiso el poder para sí mismo, e hizo desmanes para alcanzarlo; pero las proféticas palabras de Yotán o Jotán, se cumplieron en la vida de aquel hombre perverso. Y todas sus ínfulas de control y dominio, terminaron por la sencilla mano de una mujer, quien dejó caer una piedra de molino sobre su cabeza, poniendo punto final a sus pretensiones.

Aquel hombre “poderosísimo”, que tanto mal hizo, porque detentaba poder, no llegó a ninguna parte. ¡Aprendamos entonces, una indiscutible verdad: ‘que querer, y principalmente querer el poder, no siempre, o casi nunca, ¡es realmente poder!